



Enric Satué

El príncipe de la imprenta

Galaxia Gutenberg

ENRIC SATUÉ

El príncipe de la imprenta

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio Todos Tus Libros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros).

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero de 2025

© Enric Satué, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanya-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 52-2025
ISBN: 978-84-10317-27-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

El príncipe Jenson

El egregio Nicolas Jenson, de origen franco, mercader e impresor de libros, habitante de Venecia en el límite de San Canciano, sano de mente pero languideciendo el cuerpo, rogó al notario público de la autoridad imperial, Girolamo Bonicardi, este testamento suyo, hecho en la vivienda del mismo testador, estando presentes el señor presbítero, el diácono, un artesano, un ventanero y dos mozos u obreros de su confianza.

Del testamento de Nicolas Jenson,
redactado y firmado en Venecia,
el día 8 de septiembre de 1480

La escena tiene lugar en una alcoba situada en el piso superior de una vivienda compartida con la imprenta, en el barrio de San Canciano, en Venecia, ocupada por una ancha cama, coronada por un baldaquín digno de un príncipe, un arca ropera de roble con tapa lisa, sobre la cual asienta sus reales un jarrón del vidrio soplado en la vecina isla de Murano –que, no obstante su lejanía, se divisa desde aquí los días limpios de otoño–, dos sillas de enea para sentar a las visitas y un orinal de loza para el ilustre encamado. Ni más ni menos.

Es el día 8 de septiembre de 1480, o tal vez el 9 o el 10, y al impresor Nicolas Jenson, hallándose sin remedio a las puertas de la muerte y divagando ya, más que pensando, la memoria le reprocha que, del centenar de libros que lleva impresos, no haya escrito él ni uno solo. Por más que la práctica lo animase a ello, el testamento recién firmado es su primer y único ensayo, aunque la redacción corre a cargo del estimado notario, quien domina a la perfección el lenguaje que conviene a un do-

cumento tan comprometido como comprometedor. Porque, si atendemos al impreso infolio en que figura, a su nombre, la bibliografía de sus cuidadas ediciones, veremos que aquello no es más que un simple catálogo publicitario que lleva por título *Index Librorum Venalium Nicolai Jenson*, impreso en septiembre de 1479; es decir, hace exactamente un año.

—¿Puedo al menos atribuirme el adorno, con mis bellas letras de imprenta, de tanto texto ajeno como llevo impreso? —le pregunta, indeciso, a su amigo y socio, Peter Ugelheimer, quien se encuentra de visita, como todas las mañanas desde que cayera gravemente enfermo.

Jenson se refiere sobre todo a los textos editados de Cicerón, Diógenes, Plutarco, Plinio o Virgilio, y también a otros que quizá no pasen a la historia de la literatura, como los de ciencias físicas y naturales o de derecho. Muy al contrario de sus tipos móviles, que cree a pies juntillas que lo sobrevivirán, no tanto por lo que dicen sino por *cómo* lo dicen. Se dice que, si en vida ha visto cumplida alguna esperanza, y si acaso ha gozado de alguna felicidad —ambas, tristemente pasajeras—, cree con firmeza que, una vez fallecido, su gloria aumentará con el tiempo. No solo no abriga ninguna duda al respecto, sino que, si le ofrecieran vivir quinientos años, como Matusalén, lo aceptaría con el único fin de corroborar tal profecía. No en vano, con la imprenta ha logrado consolidar un proceso cuyas últimas consecuencias

no se apreciarán del todo hasta dentro de unos años, y aunque él no viva ya para verlo, tiene tanta fe en ello que lo firmaría ahora mismo, al pie de su reciente declaración testamentaria, ante el notario que lo acompaña en este, su tránsito final.

«Sano de mente pero languideciendo el cuerpo», según el decir del jurista, en esta hora crítica, a Jenson le complace especialmente que su última y generosa voluntad, más allá de la familia, valga para perdonar deudas a sus deudores y aun para expiar agravios leves. Y si la escueta prosa notarial lo califica de «ilustre» es por su excelente práctica en el arte de la imprenta. Un halago por parte del letrado que es de agradecer, por estimar, sin falsa modestia, que el producto de sus prensas tipográficas es de tal calidad que merece de sobra el título de «oficio de la Corte», equivalente al de los antiguos *officium palatinum*, reconocidos ya por los romanos. Están a punto de cumplirse ocho años del honor que le dispensó el papa Sixto IV al nombrarlo conde palatino, acompañando a tal título el honorífico de «príncipe de la imprenta». Es verdad que el pueblo llano prefiere llamarle «*il primo barone de la stampa*», y si el ilustre impresor acepta este tratamiento, un tanto tabernario, es porque a nadie le amarga un dulce y también por una razón relativa a sus antepasados, a los que rinde tributo con el trivial y repetitivo sonsonete que los años pasados en Maguncia y en Venecia no han conseguido eliminar del todo de su conversación.

–*Mais oui*. ¿Sabes que, allí donde nací hace sesenta años, suelen nombrar a las personas y a las casas por su condición de cojo, manco, sordo o tuerto? ¿O por sus labores de carpintero, herrero, panadero o molinero? Pues fíjate cómo ese pueril sambenito encaja como anillo al dedo con el de príncipe de la imprenta en que me han convertido, sin tener por ello que valerme de crímenes ni violencias.

Sin duda, figura aquí por imperativo legal, porque el testamento puntualiza su origen franco, pese a que el notario lo cita muy a la ligera, fiel a su noble clientela, tal vez ponderando que airear la rústica procedencia de Sommevoire –una aldea perdida en las regiones del Alto Marne y la Champaña, donde pasó sus primeros dieciséis años– desmerecería un tanto el título cortesano. Y, en tal día como hoy, su desfallecido cuerpo ya no está para objetarle al notario que no todo conde palatino asiste al papa desde venerables tareas judiciales, administrativas o militares, sino que también hay camareros, coperos, criados y hasta algún mozo de caballeriza. Pero si, con esta omisión, el testamento lo asocia con la nobleza, pues bienvenida sea.

Por su parte, he aquí que su queridísimo amigo y socio, librero y hábil comerciante, por el simple hecho de hablar el latín de las imprentas, ha acabado por pensar en latín, y ahora lo saluda citando las *Odas* de Horacio:

–*Cujus ego interitu tota de mente fugavi. Haec studia atque omnes delicias animi. Alloquar?, audiero nunquam tua verba loquentem?*

Jenson traduce, así, con cierta dificultad, una lengua aprendida años ha, a pie de imprenta: «Lo siento, pero con tu partida me saldrán del corazón los afanes y placeres que me hiciste gozar. ¿Y ya no podré hablarte ni escucharte?».

Postrado en un lecho muy mal llamado «de muerte», rodeado, desde la firma del testamento, por el presbítero y el diácono de la parroquia, así como por un artesano, dos mozos de oficio y un ventanero por partida doble —pues lo mismo hace ventanas que mira con poco recato a través de aquellas en las que hay mujeres—, los unos por los otros apenas lo dejan solo, bien sea en la alcoba o en la sala adyacente. Lo asisten como amigos, aunque, tras muchos años ausente de su país, todos lo siguen llamando «franco». Así es como reconocen en Italia a los forasteros procedentes de Francia, y ni él logra disimular su origen francés, ni Peter Ugelheimer, el suyo alemán. En el grabado sobre madera que le hizo su muy querido Wendelin, ya posó «acabado y no atildado pero elegante, poco comunicativo y embalsamado en una aura sutil de altanería». Fiel al hombre que se siente importante por sobresalir en un oficio de la Corte, el grabador expresó sagazmente el chauvinismo narcisista de Jenson; el suyo y el del resto de sus compatriotas, entre los cuales se halla el también impresor, Jacques le Rouge.

Sorprende que la consideración de «gloria nacional» se la haya negado, precisamente, Francia —de la que era hijo—, país dispuesto como pocos a apreciar lo propio hasta extremos de definir su orgullo patrioterico como «chovinismo»; es decir, la exaltación de lo nacional frente a lo extranjero. La falta de reconocimiento tal vez se debiera, al fin y al cabo, al factor peregrino de que la tipografía jensoniana fuera concebida y alumbrada lejos de París. Pero, si jamás se le negó el pan y la sal al pintor Paul Gauguin, pese a que lo mejor de su obra representa paisajes exóticos y costumbres primitivas del remoto Tahití, ni al pintoresco oficial de la marina Pierre Loti, viajero y excelente cronista, ¿por qué ese ensañamiento con Jenson? ¿Simplemente porque la Serenísima República de Venecia lo nombró, en 1472, nada menos que príncipe de la imprenta?

Por su parte, una muestra elocuente de que no le desagradó que lo llamasen «franco» se hace patente en el colofón de sus libros, impresos todos por un tal «Nicolas Jenson, hijo de la Galia».

El testamento recién firmado también declara que Jenson ha sobresalido como «mercader e impresor de libros». Sin duda, el notario atiende al rumor que circula acerca del impresor: «un sujeto que tiene muy buena mano para los negocios» y que reúne las cualidades del buen patrón. De hecho, nuestro mercader e impresor no ha hecho otra cosa en la vida que lo que ha visto hacer a otros: ser fuerte con los débiles y débil con los fuertes.

Y aunque esa actitud corra el riesgo de ser calificada de «maquiavélica», en este año del testamento, Nicolás Maquiavelo cuenta solamente once años de edad, y *El príncipe* no verá la luz hasta dentro de cincuenta y dos años, en 1532. No obstante, en estos tiempos renacentistas, algunos genios son de una precocidad asombrosa, como por ejemplo Masaccio, que, a los veintidós años, pinta los magistrales frescos de la capilla Brancacci, o Pico della Mirandola, que, a los veintitrés, será ya un eminente pensador.

El jurista amigo también se ha mostrado más que generoso al censarlo, graciosamente, como «habitante de Venecia», que es tanto como llamarlo «ciudadano del mundo», por ser esta ciudad un referente internacional del comercio y las comunicaciones, y, desde hace algún tiempo, también, del glorioso arte de la imprenta. A solo treinta años de su invención, los talleres repartidos por las ciento ochenta y una *isole* confirman, de un modo apabullante, el poderío de ciertos mercaderes y comerciantes supervivientes de un espejismo urbano bello a la vista pero carente de cimientos sólidos. En Venecia, el agua –oscura y espesa como la grasa o el aceite de la imprenta– impone el tono local a una ciudad que, por más que se construyan iglesias y palacios, ofrece un aspecto vagamente oriental, en concordancia con las novedades que llegan de Asia, como, por ejemplo, el papel, la pólvora, una rudimentaria estampación o el loro alejandrino. Es todo tan confuso que, si es cierto lo que

dicen de que las ciudades son sus gentes, sorprende sobremanera que, en la avanzada República Veneciana, los arquitectos y pintores hallen una obstinada resistencia al Renacimiento, cuya implantación postergan más de la cuenta. Quién sabe si el espejismo oriental no les habrá nublado la vista. En cualquier caso, en el testamento imperial firmado hoy, «sano de mente pero languideciendo el cuerpo», consta, aunque de un modo impreciso, que Jenson reside en la parroquia de San Canciano, en el único camino empedrado de un distrito casi periférico. En la alcoba se aspira el penetrante olor a aceite de linaza, que se adhiere a las imprentas como un barniz aromático, dando la espalda a la funeraria Isla de los Muertos que administran unos monjes camaldulenses, que rinden culto a san Romualdo. También se oye el crepitar en el patio vecino, con fraguas que echan chispas y aquel humo que anuncia el fuego desde lejos. Se accede al lugar por un vial embarrado abierto como una herida, a la altura del céntrico Gran Canal y el puente de Rialto, célebre por las transacciones comerciales acordadas al paso –así como por las habladurías y chismorreos, que no cesan– pero, sobre todo, por el aparatoso derrumbe acaecido treinta y seis años atrás, debido al peso de la multitud que lo abarrotó, con motivo de un acontecimiento público confuso y olvidado.

El mercader e impresor, desfallecido y melancólico como pocas veces se lo haya visto, recuerda, ante el amigo y socio, aspectos concretos, aunque lejanos en el tiempo.

–*Tutto fumo e niente arrosto*, como dicen los herreros del patio. Con el mote «infernál» ganado a pulso, ¿no podríamos absolver al fiel Giovanni, que nos provee del plomo, el estaño y el antimonio con que fundimos nuestros tipos para la imprenta?

–Tal vez fueran las llamas del patio –interviene Peter– las que nos protegieran de un contagio maléfico que en Venecia adquirió visos de plaga. Me refiero a que, en menos que canta un gallo, cualquier inversor ponía en marcha una imprenta. No había más que asociarse con el primer alemán que pululase por allí, alardeando de haber aprendido el oficio del maestro Gutenberg.

Jenson y sus dos socios y amigos –Ugelheimer y Rauchfas–, constituían una excepción a tan fraudulento proceder, y podían presumir como pocos del privilegio de haber aprendido el oficio en el taller maguntino –por parte de Jenson, además, en calidad de becario, que en eso sí fue único–, un verdadero hito en la historia de la imprenta.

–Psé, ¿acaso no suenan también a fraude esos generosos donativos que recoge el testamento, mi última voluntad, quizá para hacerme perdonar pequeñas faltas que podrían entorpecer la salvación de mi alma?

–No te lamentes por eso. Es tarde para arrepentirte de pasar con aires de suficiencia por delante de tus vecinos, así como de ignorar, al abrigo de la imprenta, las burlas, maledicencias y reproches que te pudieran dirigir. E inversamente, de sentirte tan a gusto entre

los cardenales, nobles, doctores, leguleyos y humanistas, que depositan su confianza en nuestra labor impresora.

En efecto, escarmentados de tanto ir por lana y volver trasquilados por tantas impresiones ruines pagadas a precio de oro, la clientela optó por informarse antes de confiar un encargo al primero que ofreciera sus servicios de impresor, y si acudió en masa adonde el conde palatino fue porque apreciaron, *ipso facto*, la belleza de sus tipos móviles –se trataba de gente ilustrada, mitad poetas o narradores, superiores a los de la competencia, que eran torpes, pesados e irregulares.

–Psé. ¿Debo reprocharme ahora por codearme con nobles, poderosos y clérigos? Puede que albergara absurdas pretensiones de ascenso social, no lo niego, y quién sabe si no fue a causa de andar justo de amigos o por mi estúpida arrogancia francesa...

–Pues bien que te encaprichaste de un loro –añade Peter, burlón– por el ansia de parecerte a tus augustos clientes.

Es curioso, pero las clases poderosas venecianas acogen loros alejandrinos en sus villas o palacios. Constituyen un signo de distinción, así como un guiño al lejano Oriente, que tantas novedades les trae. Y si la pólvora contribuye a reforzar los ejércitos, los exóticos y habladores loros de plumaje multicolor recuerdan la estima en que los tuvieron los clásicos griegos, redescubiertos ahora por el humanismo vigente. De antiguo se creía que tales

pajarracos revelaban vestigios paganos de la transmutación del alma, y es por esta razón –y no por otras– por lo que la moda perpetúa, en tablas y lienzos, a la Virgen con el Niño, acompañados de papagayos verdes, con alguna pluma roja, que no cesan de revolotear a su alrededor. Y, sin ser oro todo lo que reluce, hace hoy un par de siglos que el trovador alemán, Kristan von Hamle, ya se extasió con esta clase de aves tropicales encerradas en jaulas de cristal, según su descriptivo verso: «¡Oh, si el campo pudiera hablar, como los papagayos tras el cristal!».

–La coincidencia del libro impreso y la estrafalaria versión sonora que acoges en tu casa, y me refiero al loro –añade Peter, con ganas de importunar– se confunden con los caprichos de los príncipes de la Iglesia y el Estado que tenemos por clientes, siempre ávidos de novedades.

–¿Puedo decir con ligereza que, para mí, el libro y el loro propagan, cada uno a su manera, el más que glorioso valor de la palabra impresa? Fíjate bien en que, si el uno la escribe con su mejor letra, el otro la vocifera, simétricamente, con su estridente cantinela.

Tal vez al descubrir el origen griego del pájaro hablador, los nobles neoplatónicos gustan de imitar a los clásicos en su afición por esas extrañas aves, cuya capacidad sobrenatural para reproducir la voz humana –repiten palabras y hasta frases breves– parodia los antiguos y acalorados debates filosóficos. Y si llaman al pájaro «ale-

jandrino» es en memoria del magno Alejandro, que los trajo de Oriente Próximo y Extremo, por donde viajó el mercader veneciano Marco Polo, hasta que, en un futuro no muy lejano, el navegante Cristóbal Colón, tras su inminente descubrimiento de unas Nuevas Indias, exhibirá «papagayos policromos y charlatanes» junto con «animales nunca vistos, plantas extrañas, frutos y cestas de oro» al regresar de su primer viaje a un continente al que poco después llamarán «América». Con lo cual, es probable que esas aves domesticadas y deslenguadas sigan por unos cuantos siglos habitando mansiones de nobles y clérigos, o monasterios de monjas descalzas, donados o cedidos en depósito, una vez hartos, los dueños, de su persistente y aburrido chismorreó. Suena, por cierto, bastante parecido al *requiescat in pace* que, desde que cayera enfermo, corean por turnos, al pie de su cama, tanto el presbítero como el diácono y sus cuatro amigos, rezando jaculatorias tan piadosas como monótonas por el eterno descanso del «ilustre impresor».

A propósito de libros y loros, conviene advertir que, si bien es de suponer que el libro impreso tendrá larga vida, un papagayo casi dobla el periodo de actividad del impresor, que difícilmente supera los veinte años, brevedad que va siendo norma –o maldición– en este nuevo oficio. El eminente Aldo Manuzio, que sucederá a Jenson, ejercerá de impresor, editor y librero entre 1494 y 1515, y aun descontando los tres años de luna de miel que se permitirá, así como los parones de las prensas en varias ocasiones

–huyendo de las luchas entre Venecia y Ferrara–, llegará a contabilizar veinte años, con algunos apuros. Sin duda, más adelante se excederá ampliamente la dedicación al oficio, al no estar ya los impresores a pie de imprenta, sino contemplando el panorama a una distancia prudencial de las máquinas que los «prensan», delegando las funciones más perniciosas en los pobres desgraciados que morirán en su lugar, envenenados poco a poco por la inhalación de plomo durante las agotadoras jornadas laborales.

–Considerado con detenimiento, ¿no es de lamentar que hayamos cargado tanto plomo a la espalda, almacenando en los pulmones un veneno que, al margen de mis riñones, ahora enfermos, ya es, de suyo, mortal de necesidad?

–Cierto. El pesado ejercicio de la imprenta nos condena a no poder superar los veinte años de un oficio que mina la salud, y la primera víctima fue el maestro Gutenberg, que lo desempeñó de 1450 a 1468, un periodo interrumpido por la muerte que precipitó, de eso no tengo la menor duda, la usura de aquel socio que le resultó tan venenoso como el plomo de los tipos.

–En el gremio de impresores, el lamento más común es que «el tiempo prensa», referido a las prensas que imprimen el papel mediante una fuerte presión –insiste Peter–. Y si esta sentencia lo expresa correctamente, habrá que dar el tuyo, de 1461 a 1480, por bien empleado. *Omnino amicitiae, corroboratis jam confirmatis que ingeniis et aetati-*

bus, judicandae sunt. –Aquí Jenson reconoce vagamente a Cicerón y lo traduce así: «Para juzgar la amistad, el espíritu y la edad han tenido que madurar»–. Llegado, por desgracia, el punto final, me reafirmo en que, al menos, tus tipos metálicos móviles, redondos y romanos, armónicos en sus partes y de proporciones áureas, engrandecerán esta imprenta que nos aplasta a todos sin piedad.

A Peter no le falta razón. De un modo progresivo, pero no menos esforzado, los cortesanos que aceptaron gustosamente la letra gótica, o quebrada, de fractura y puntiaguda con la que se escribieron los manuscritos medievales, ven ahora que, con el libro impreso, estos se reescriben en una clara tipografía inspirada en las inscripciones lapidarias romanas. Estos nuevos tipos de letra redonda y romana –grabados por Jenson– se inscriben con tal fuerza en el actual Renacimiento humanista que está claro que ya nada volverá a ser como antes. Así de sencillo.

–*Mais oui.* Como mero impresor, ¿puedo aspirar a un consenso general, no solo al tuyo o al de los que me velan en la alcoba de aquí al lado, sino al de todas las alcobas del mundo, habitadas por hombres y mujeres alfabetizados gracias a las amplísimas conquistas logradas por la tipografía?

Los dos amigos se proponen ir paso a paso, y deciden dejar los tipos romanos para más adelante, quizá para

dentro de unos días, no muchos, porque el tiempo apremia. Por hoy, pues, les basta con lo dicho. Entretanto, el humilde poseedor de títulos nobiliarios –que suele comportarse como un monje trapense– agoniza, llevándose con él la esencia de unos tipos grabados con la claridad, regularidad, buen gusto y gracia que, por fortuna, le han sido inmediatamente reconocidos. Dando el cuerpo por desahuciado, en esta fría y lluviosa tarde septembrina de 1480, Jenson se aferra a un mundo en el cual ha vivido por largo tiempo sin asiento fijo. En su estado yacente –sobre un *lecho* y bajo un *techo* que suenan a esas erratas de imprenta que menudean, traicioneras, tergiversando la lectura– viene a cuento concederle que, desde que dejó de ir de un lado para otro y se estableció en Venecia, se encastilló en una suerte de jaula de plomo. A fin de cuentas, eso fue para él la imprenta, como la jaula de cristal del papagayo que cantó el trovador, locuaz compañero cuyo parloteo seguirá siendo la alegría de su casa durante diez o veinte años más, hasta que se deshabeite, en cumplimiento de las disposiciones testamentarias correspondientes.

Pero, antes de cerrar del todo los ojos del cuerpo, y mientras el ilustre impresor intenta ya abrir los del alma, no deja de oírse, a lo lejos, la triste noticia de su muerte, descendiendo en zigzag calle abajo, cual reguero de aquella pólvora enemiga importada de China que, setenta años atrás, minó los muros de las fortificaciones de Pisa, sembrando, a su paso, dolor y muerte. En su

delirio, parece percibir que, a pesar del porte altivo con el que posó de tres cuartos en el retrato que grabó Wendelin, serio y estirado y vestido de negro –como la tinta de imprenta–, en el barrio de San Canciano se lo respeta y estima más de lo que pudiera imaginar. En Santa Maria delle Grazie, los vecinos, compadres y colegas rezarán misas «de alma» por el eterno descanso del «egregio Nicolas Jenson, de origen franco, mercader e impresor de libros», que serán coreadas por la adusta cantinela de alguna bandada de loros alejandrinos. Incluso puede que se observen tres días de luto oficial, y que los unos les digan a los otros, visiblemente consternados:

–Ha muerto *il primo barone de la imprenta*, aquel que fue conde palatino.

Agobiado por recuerdos que entran y salen como los vientos inclementes, sin razón aparente, rememora hechos acaecidos veintitantos años antes de esta penosa jornada en que ha firmado el testamento, con la ayuda inestimable de su buen amigo, Girolamo Bonicardi, notario imperial. Envuelto en la dulce nebulosa del sueño, se le hace patente el escrito firmado y sellado por Carlos VII en un lejano 1458, documento que conserva todavía, como oro en paño:

Se concede un estipendio o pensión temporal a cierto Nicolas Jenson, destacado grabador del Taller Real de la

Moneda, bautizado en la parroquia de Saint Pierre, en Sommevoire (Marne), para completar el aprendizaje del arte nuevo de la imprenta por un periodo improrrogable de tres años.

–*Mais oui* –se dice Jenson, convencido–. Tres años que enderezaron mi errático destino, viviendo a cuerpo de rey, como el rentista que fue, de joven, el maestro, en Estrasburgo, en una curiosa coincidencia que hace nuestras vidas, en algunos momentos, paralelas.